

Columna de opinión (extendida)

Título: ¿Valoramos lo que medimos o medimos lo que valoramos?

Por Manuel Cheyre Triat
Psicólogo
Magíster en Políticas Públicas
Candidato a Doctor en Educación
Pontificia Universidad Católica de Chile

El título de este escrito corresponde a una pregunta que nos hace el filósofo de la educación Gert Biesta. En su libro *Good Education in an Age of Measurement*, Biesta nos invita a reflexionar sobre la importancia de preguntarnos respecto de aquello que valoramos en educación.

Hoy en día, existe una especie de *tiranía de las métricas* sobre el pensamiento educativo. Y no cualquier métrica, sino aquellas vinculadas al desempeño académico. Me atrevería a afirmar que todos y todas lo hemos vivido.

Cuándo estuvimos en nuestra etapa escolar, las notas eran tremendamente importantes, no solo porque eventualmente podrían influir en otras etapas de la vida, sino sobre todo como una especie de reflejo de nuestra propia valía. Si tengo buenas notas, soy un buen estudiante; y si tengo malas notas, soy un mal estudiante. Las notas eran (y lo siguen siendo) números con mucho poder sobre nuestra autoestima académica. Luego, nos enfrentamos a otro tipo de pruebas, como por ejemplo la actual PAES. Para quienes decidimos (o pudimos) estudiar una carrera universitaria, tuvimos que rendir una prueba altamente compleja, bajo mucha presión, que nos daría la llave para ingresar a los estudios universitarios. Este número no solo afectaría nuestra autoestima, sino que decidiría gran parte de nuestro futuro (o eso nos hacen creer, mal que mal, la universidad no lo es todo).

En mi propio recorrido profesional y académico, estos números me siguen apareciendo, aunque ahora me toca a mí *usarlos*. Desde la evaluación de políticas públicas o de programas educativos, es muy común utilizar puntajes en pruebas de aprendizaje como evidencia de que un programa está funcionando de manera adecuada. Para esto el SIMCE es un muy buen ejemplo. Todos los años se aplica esta prueba a todas las escuelas del país, en distintos niveles y distintas materias. Esta prueba permite monitorear de manera estandarizada como está siendo el desarrollo de aprendizajes. Nos permite identificar dónde hay brechas de género y/o socioeconómicas, así como también dar cuenta de trayectorias de largo plazo. Y por supuesto, el número que arroja esta prueba sirve para asignar más o menos recursos a las escuelas, para premiarlas o castigarlas en función del desempeño de sus estudiantes.

Así, las métricas educativas siempre están presentes, y tienden a estar acompañados por muchos resquemores y resistencias. No los culpo. A nadie le gusta que un número determine su valía.

Y es que, para mí, ahí está el problema. Su raíz no tiene que ver con los números en sí mismos. El problema, a mi juicio, está en cómo se utilizan esos números.

Para hacer esta reflexión, tengo que introducir un concepto un poco técnico, pero importante para este argumento: la *medición*. Aunque es una noción que está muy incorporado en nuestro lenguaje del día a día, tiene ciertos límites conceptuales muy relevantes. La medición consiste, a grandes rasgos, en la asignación de números, de manera sistemática y bajo reglas conocidas, a fenómenos, ya sean estos objetos, procesos o constructos que no observamos directamente (como la motivación o la autoestima). La medición, dicho de otra forma, corresponde a un mecanismo de *cuantificación*.

Pongamos el ejemplo de una prueba simple de aprendizajes. Lo que busca esa prueba es *medir* los aprendizajes de estudiantes. Para esto, establecemos ciertas reglas: si el estudiante responde correctamente una pregunta, se le asigna una puntaje. Luego, sumamos todos esos puntajes, los trasparamos a una escala que va de 1,0 a 7,0 (o dicho de forma técnica, la *estandarizamos*), y le asignamos una nota al estudiante. Esa nota refleja directamente el desempeño del estudiante en esa prueba en particular.

Otro tema completamente distinto es qué hacemos con esa nota, o cómo la interpretamos. Intuitivamente, pensamos que las notas son un reflejo directo de nuestro aprendizaje, y por eso cuando obtenemos buenas notas sentimos que *somos muy inteligentes* y cuando tenemos malas notas nos sentimos tan mal. Pero les invito a reflexionar sobre esto. Si un estudiante obtiene la nota máxima, ¿significa que tiene *todo* el aprendizaje? Si un estudiante obtiene la nota mínima, ¿no tiene ningún aprendizaje? En ambos casos, eso no es así. Recordemos que la prueba simplemente es una herramienta que permite contabilizar cuántas respuestas correctas tiene un estudiante. ¿Qué pasa si el estudiante estaba muy nervioso? ¿Esa prueba considera ese nerviosismo? ¿Lo cuantifica? La respuesta corta es que no. Y la propuesta no tiene que ver con hacer que las pruebas *lo midan todo*. Para nada. Lo que quiero provocar es que reflexionemos sobre la distancia que existe entre lo que el número representa de manera directa y en cómo lo interpretamos en la práctica.

Para mí, esta *tiranía de las métricas* que mencionaba al comienzo no es una *tiranía de los números*. Los números no tienen agencia. **Somos nosotros quienes usamos estos números para asignarles ciertas consecuencias y tomar decisiones, las cuales en ocasiones son de la mayor importancia.** Por ejemplo, no es el número el que nos dice cuándo un estudiante cumple con los aprendizajes mínimos, sino nosotros nos pusimos de acuerdo en que una nota 4,0 representa el mínimo desempeño aceptable. Y así mismo nos pusimos de acuerdo (o nos acostumbramos) a celebrar las nota 7,0 como el máximo logro educativo de un estudiante.

Volvamos entonces a la pregunta del inicio. ¿Valoramos lo que medimos o medimos lo que valoramos? Para Biesta, todas estas notas y puntajes se han transformado en aquello que más valoramos en la educación. Y es que, los números se suelen asociar a algo neutral y objetivo. Si tenemos los mejores puntajes en PISA, por ejemplo, da la sensación de que *objetivamente tenemos la mejor educación de latinoamérica*. Pero no nos olvidemos de que somos nosotros quienes interpretamos estos números. Somos nosotros que estamos *asignando un valor particular a aquello que estamos midiendo*.

La otra parte de la pregunta nos abre a otra reflexión. Valoramos lo que medimos, sí. Pero, ¿medimos lo que valoramos?

Esta pregunta es esencial, porque nos lleva a preguntarnos qué es lo que valoramos en la educación ¿Qué es para nosotros una buena educación? ¿Cuál es el sentido o el propósito de la educación? Son las respuestas a estas preguntas las que deben orientar luego los procesos de medición y evaluación. ¿El aprendizaje es parte importante de la educación? Yo diría que sí, por supuesto. ¿Hay otras dimensiones de la educación que también son importantes? Eso también. Y ahí está la cuestión que nos abre Biesta. ¿Qué otros aspectos son importantes en la educación?

Para hacernos esta pregunta, Biesta nos entrega algunas herramientas para poder tener una discusión. Para Biesta, la educación tiene tres funciones en la actualidad: la cualificación, la socialización y la subjetivación. La cualificación refiere a la promoción de conocimientos y habilidades que a uno lo *cualifiquen* para ser miembros productivos de la sociedad. En términos económicos, implica desarrollar una profesión o un oficio que sea un aporte al desarrollo individual y social. La socialización tiene que ver con aquellos procesos que nos permiten insertarnos en la sociedad no de manera productiva, sino más bien simbólica: el ser parte de una cultura, de una democracia, de una comunidad de intereses. Y por último, la subjetivación tiene que ver con los procesos que nos hacen ser quienes somos, como individuos con agencia, con voluntad, y distintos de la sociedad. Lo que nos hace ser únicos.

Estas tres funciones están siempre en tensión, y por lo general es la cualificación la que tiene más preponderancia hoy en día. Pero uno podría pensar que la socialización y la individuación también se entrecruzan en los procesos educativos, y podemos intencionarlos. ¿Será posible enseñar matemáticas con una perspectiva ciudadana? ¿O enseñar escritura mostrando también la individualidad de cada quien y su sentido creativo?

Con estas herramientas, más que dar una respuesta a qué otras dimensiones debieramos medir para realizar evaluaciones más comprehensivas, nos invito a quedarnos con algunas preguntas respecto a estas funciones que nos plantea Biesta.

Para ustedes, lectores, ¿son la cualificación, la socialización y la subjetivación igualmente importantes? O bien, ¿hay alguna más importante que otra? ¿Puede cambiar la importancia de cada una si es que pensamos en fines y propósitos distintos de la educación? ¿Tiene la misma importancia la cualificación, por ejemplo, para alguien que cree en la educación como formación de capital humano (mercado laboral) respecto de alguien que se plantea la educación para el florecimiento humano?

Cuando abordamos las primeras capas de estas preguntas, nos damos cuenta rápidamente que los números son solo herramientas de análisis. Somos nosotros, quienes los usamos, los que debemos interpretarlos a la luz de lo que valoramos, de lo que consideramos realmente importante.

Sugerencias de lectura para profundizar:

Biesta, G. (2010). *Good education in an age of measurement: Ethics, politics, democracy*. Paradigm Publishers.

Brighthouse, H., Ladd, H. F., Loeb, S., & Swift, A. (2018). *Educational Goods: Values, Evidence, and Decision-Making*. University of Chicago Press.

<https://doi.org/10.7208/chicago/9780226514208.001.0001>

Koretz, D. (2017). *The Testing Charade: Pretending to Make Schools Better*. University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226408859.001.0001>

Muller, J. Z. (2018). *The tyranny of metrics*. Princeton University Press.